su furor y sus celos se precipitó sobre el de Lara gritando:

¡Muere ladrón de honras, muere infame seductor!

Cayó el de Lara atravesado por el acero de D. Alonso, cayó exhalando gemido doloroso y horrible . . . .

En tanto Da Isabel quiso huir; pero el temor y el remordimiento le quitaron las fuerzas y caída de rodillas exclamaba, saltados los ojos, altas y enclavijadas las manos.

—¡Perdón, esposo mío!

—¡Perdón! exclamó D. Alonso con tono de colérica ironía, ¡perdón! He aquí el perdón que yo te otorgo:

Y hundió hasta el pomo el acero en el corazón de su esposa que cayó tras un ¡ay! desgarrador en un lago de sangre.

D. Alonso arrancó del brazo de su esposa el brazalete y saliendo de la casa con furor delirante lo clavó en la puerta del zaguán con un puñal.

Al siguiente día la ronda y el alcalde de ciudad recogieron los cadáveres de Da Isabel y de Raul de Lara y como prenda de un crimen misterioso hallaron en el zaguán la joya que dió nombre á la calle que hoy lo lleva.

¿Qué fué de D. Alonso? Su fin es incierto; mas parece que el dolor le hizo retirarse á uno de los monasterios más observantes.

LA CALLE DE LA CRUZ VERDE

El 17 de Septiembre de 1566 era un día de regocijo en México. Las calles se veían adornadas con gran pompa y la gente llenaba las principales avenidas, como que ese día á las once de la mañana hacía su entrada solemne el Exmo. Sr. D. Gastón de Peralta, marqués de Falces, nombrado por S. M. Felipe II, Virey de esta Nueva España.

Llegó la hora esperada por la multitud y el Virey hizo su entrada en la capital, seguido de su brillante comitiva.

Entre los nobles caballeros que la formaban, venía un joven como de 28 á 30 años, rubio, barba cerrada, mirada viva y alegre, que vestía una trusa blanca bordada de oro, un capacete azul con pluma blanca llevando un rico estoque con empuñadura de plata. Venía montado en un poderoso caballo árabe con montura bordada y descollaba entre la comitiva por su brioso porte, su lujo y su arrogancia.

***

Corrió el tiempo arrastrando esperanzas é ilusiones en su carrera; el marqués de Falces fué destituido del Vireinato, llegaron los Licencia-

dos Muñoz y Carrillo, visitadores de México; cometieron horrores y arbitrariedades inauditas en toda la población, hasta que por fin fueron destituidos del mando por orden de Felipe II.

Esta orden trajo consigo el mayor regocijo entre los habitantes de la ciudad, quienes sin atender á que era Miércoles Santo se entregaron á los transportes de la más ruidosa alegría.

Don Alvaro de Villadiego y Manrique, que así se llamaba el noble caballero que antes hemos descrito, fué uno de los primeros que salió en arrogante caballo y seguido de su paje á recorrer las animadas calles de la Capital.

Pocas cuadras había caminado cuando en una esquina descubrió en un balcón á una hermosa joven blanca como la nieve y de talle esbelto, llamada Doña María de Aldarafuente y Segura, hija de un humilde empleado en el ramo de la Real Hacienda.

Don Alvaro quedó extático ante aquella mujer; ella á la vez quedó impresionada de la figura apuesta y elegante del noble doncel, pero por virtud y por la superioridad de posición que en él notaba, no se lo manifestó.

Este, á partir de ese día, resolvió en su mente el designio de contraer matrimonio con la hermosa dama que se había hecho la señora de sus pensamientos; pero ella se mostró por largo tiempo indecisa y esquiva, á pesar de los reiterados rondos y paseos del joven D. Alvaro.

Era para éste muy difícil la comunicación con la dama que por el sumo cuidado de sus padres se mantenía en el más honesto recogimiento, y

esta propia dificultad hacía crecer el amor del caballero y, sin que ella se diera cuenta, también el de la dama.

Así transcurrió largo tiempo en que D. Alvaro estaba próximo á perder toda esperanza.

Dos incidentes concomitantes vinieron, empero, á decidir á la hermosa en favor de las pretensiones de su amante. El primero fué uno de esos disgustos domésticos que llenan el alma de amargura, y el otro, el que una enfermedad de su madre y la consiguiente menor vigilancia, hizo que D. Alvaro lograse hacer penetrar hasta ella una misiva en que le rogaba que, si no podía contestarle por escrito, le indicase por medio de una cruz blanca en el balcón su negativa y su correspondencia por medio de una cruz verde.

Pasaron algunos días y ninguna cruz aparecía en el balcón.

Una mañana en que el sol con rayo de oro besaba las torres de la ciudad y en que los pájaros voladores alegraban el día, D. Alvaro, lleno de júbilo, acertó á ver en el balcón de su amada la cruz verde, señal de su felicidad.

Con la respetable intervención de un sacerdote amigo de la familia, se vencieron las resistencias que al matrimonio de Doña María presentó aquella y á los quince días se juraron amor eterno al pie de los altares los nuevos esposos.

Y no es lo singular que se lo juraran, sino que lo cumplieron.

1871.

En recuerdo de aquella seña que había principiado su felicidad, Don Alvaro mandó poner en el ángulo de la casa de Doña María, desde el suelo hasta el nivel del balcón, una gran cruz verde de piedra que hasta la presente existe y que dió nombre á la calle. (1)

El callejón del Armado

Durante el gobierno del virey, D. Rodrigo Pacheco y Osorio, llegó á Nueva España un viejo mercader español llamado D. Lope de Armijo y Lara, quien se fué á vivir á una casa pobre y ruinosa en uno de los callejones al Oriente de la Ciudad.

Don Lope llevaba una vida llena de misterio; no tenía servidumbre, compraba personalmente sus víveres, hacía muchas caridades, vestía humildemente, pero siempre se le veía armado hasta los dientes; armadura completa damasquina traía sobre acerada cota de malla, largo

(1) Hace años vi en San Miguel ó en San Pablo, arrinconada, una lápida de bronce que había cubierto un sepulcro y en la cual leí: "Doña María de Aldarafuente Lara y Segura de Manrique, Agosto 11 de 1573 años. R. I. P." y luego una gran cruz latina. Parece que esta lápida fué fundida, pues cuando quise hacer nuevas investigaciones no logré saber su paradero.

estoque y luenga daga ceñía á su cintura, y de noche los que lo veían salir afirmaban que á la luz de la luna se le veían otras armas; por lo cual no tardaron en conocerlo con el nombre de «el armado.»

Todas las mañanas se le veía en el templo de San Francisco, permanecía en oración las horas enteras; comulgaba dos veces por semana, y algunos afirman que algunas noches se le oía hacer penitencia.

En las más lóbregas de estas salía y tomaba por el rumbo de la plazuela de Mixcalco perdiéndose pronto en las sombras; volvía después de la media noche y se le oía contar gran cantidad de dinero; en seguida se escuchaba un grande y lastimero quejido y un ruido como de una gran tapa de fierro que cayese sobre una caja y luego todo quedaba recogido en el silencio.

La vida de este hombre era un misterio que muchos querían desentrañar denunciándolo á la justicia; pero el desenlace fué más misterioso todavía.

Una mañana, el hombre misterioso apareció ahorcado y pendiente de su propio balcón. ¿Fué un suicidio, originado por el pánico de una denuncia? ¿Fué un crimen de esos que jamás investiga la justicia humana? Nadie lo sabe; pero al registrar la casa de «el armado», que dió nombre á su calle, se encontró una gran suma de dinero y cráneos de hombres que seguramente perecieron á sus manos.

1871.

EL PUENTE DEL CUERVO

Cerca del expirar del siglo XVI, allá por el año de mil quinientos y noventa y tres, vivía en la espalda del colegio de los Jesuitas un hombre llamado D. Rodrigo de Ballesteros, capitán de arcabuceros de los reales ejércitos y el cual, habiendo sido herido en España en la famosa batalla de San Quintín, fué premiado por el poderoso rey D. Felipe II, con el retiro del servicio y enviado á estas nuevas y codiciadas tierras á una encomienda cerca de Atzcapotzalco.

Nuestro D. Rodrigo era un hombre singular, pues en tanto que su casa era una de las más bellas de ese rumbo y pajes con doradas libreas hacían el servicio de la mesa con rica vajilla de luciente plata, él en su persona contrastaba con el lujo de su morada pareciendo casi un mendigo por su traje raído y por su repugnante desaseo. No se le conoció por largos años más que un capellar de damasco aplomado, donde se superpusieron unas manchas sobre otras, de color incierto, entre aplomado y verde á trechos, y de todos los colores del iris en otros, según el color de las manchas que hacían del matusalénico capellar una especie de animadísima paleta. Sobre esta paleta lucía grotescamente la cruz de Santiago.

Grueso, de baja estatura, de voz estentórea, con un ojo para el sur y el otro para el norte, ya viejo hasta de 70 años, enemigo de los niños, que maltrataba siempre y que huían á su paso, era D. Rodrigo antipático para cuantos le trataban, por su aspereza, su mezquidad y sus excentricidades.

Se le acusaba de íntimas y sospechosas amistades con judíos y con gente de mal vivir.

A misa jamás asistía y, como hiciera gala de ello en aquellos tiempos de creencia, todo el mundo estaba escandalizado de él, y acabaron por llamarle «el excomulgado.»

Gustaba mucho de los animales y su casa estaba convertida en una arca de Noe. Hablaba con estos como si le entendieran, y el vulgo decía, (el vulgo es capaz de creer todo) que entendía el lenguaje de los animales.

Pero el animal de su predilección era un cuervo, feo como el pecado y negro como la noche. Este cuervo gozaba de grandes privilegios, pues podía impunemente ensuciar y maltratar todo en la casa de D. Rodrigo, quien montaba en ira cuando al *diablo*, que así denominoba á su cuervo, alguno se propasaba á inferirle el menor maltrato.

El nombre del *diablo* resonaba con amor á todas horas y en todo momento en la casa de D. Rodrigo.

Los sirvientes para disculparse de alguna fechoría y para aplacar á D. Rodrigo no tenían otra cosa que decir:

«Señor, esto lo hizo el diablo.» Con lo cual se serenaba la furia de D. Rodrigo quien agregaba con una sonrisa horrible y maligna:

«Pues si lo hizo el diablo, está bien hecho.»

Tanto oir todos el nombre del diablo y con tanta aprobación, el ver las malas costumbres de D. Rodrigo, que era un viejo libertino, cuyas hazañas por respeto al lector callamos, fué formándole una reputación nada envidiable, pues no es muy de simpatizar el que tiene tan íntimas amistades con el diablo.

Puso el colmo á las antipatías del vecindario la súbita desaparición de D. Rodrigo y de su cuervo. Ni por mar ni por tierra se les encontró jamás. Lo que sí se halló fué un Cristo manchado de sangre y muchas plumas del cuervo, manchadas también de sangre á sus piés. ¿Qué significaba aquello? El misterio más impenetrable envolvió siempre aquél problema.

«El *diablo* y D. Rodrigo azotaron al Cristo, fué la voz popular y ambos se han ido derechitos al infierno, donde continúan á tizonazos sus conservaciones de acá en la tierra.»

Nadie quiso, ni regalada, la casa de D. Rodrigo. El polvo formó una espesa capa sobre las mesas y tapicerías. Hasta la vajilla de plata, donde el cuervo, ó sea el diablo, comió á la par de D. Rodrigo, quedó intacta como en museo. La casa se convirtió en una especie de fósil, enterrado entre las otras casas del barrio. Es de advertir que fueron desocupadas las convecinas. Mil historias espantables se referían.

Al año apareció el cuervo maldito en un puentecillo que había en la calle de D. Rodrigo. Siniestros y espeluznantes eran sus graznidos. Daban, tétricas y lentas, las doce de la noche, y desaparecía. Cuando pasaba cerca de él alguna ronda, volaba al balcón de la abandonada casa y en él continuaba su música infernal de horripilantes graznidos.

No es de extrañar que la calle tomase con el tiempo el nombre con que hoy la conocemos, pues el vulgo llegó á decir que en las noches obscuras y lluviosas, cuando crujen las vidrieras azotadas por el viento y este se queja como un sér doliente en las hendiduras y en los estrechos pasillos, aparecía á la luz fosfórica de los relámpagos un esqueleto que riendo de un modo que no daba risa, sino pavura, acariciaba á un cuervo con las desnudas falanges de unas manos sin carne y sin tendones, produciendo luego con ellas un castañeteo que oído á lo lejos y entre los truenos, hacía llorar á los niños que buscaban para esconderse el abrigo bendito del seno maternal.

El callejón del Padre Lecuona

No recuerdo el día, el mes, ni el año del suceso, ni si la persona que me refirió los hechos que voy á referir, los señaló; sólo entiendo que se refería á la época de 1820 á 1830; y en lo que